

corriesen con él las principales calles del pueblo. Salían todos procesionalmente, siguiendo al misionero que llevaba elevado el crucifijo. De trecho en trecho se paraba el Padre y decía *Viva Jesús*. El pueblo respondía *Viva Jesús*. Añadía el Padre: *Mueran los juramentos*, y el pueblo repetía lo mismo. Por fin exclamaba el Padre: *Besad la tierra los maldicientes, para expiar vuestras malas palabras, los inocentes a fin de obtener el perdón para los blasfemos*. Todos obedecían al Padre y besaban la tierra. El misionero les dirigía breves palabras para enfervorizarlos y terminaba rezando con todos el acto de contrición. Vuelta la procesión a la iglesia, el P. Calatayud daba gracias desde el púlpito a los hombres por el acto de reparación que habían ofrecido al sagrado nombre de Dios y rogaba a los padres de familia y a los amos, que no tolerasen ninguna blasfemia en sus hijos y subordinados. Volviéndose después a los niños que solían estar en el presbiterio, les ordenaba pidiesen a Dios perdón por las culpas de las personas mayores, y así lo hacían repitiendo una oración tierna que él les iba dictando. Finalmente les encargaba, que si oyesen en la calle alguna blasfemia, gritasen al blasfemo: *Viva Jesús. Bese usted el suelo*. Esta función, dice el P. Calatayud, suele quebrantar las piedras y llenar de horror a los juradores. Y nosotros añadiremos: esta función nos demuestra ahora la fe grandísima de un país donde eran factibles actos tan piadosos.

Perdón de los enemigos.—Otra función devotísima que nunca había de faltar en las misiones era la que se llamaba del perdón. Después de explicar en un sermón fervoroso la doctrina de Jesucristo sobre el perdón de los enemigos, cuando ya llegaba a la peroración el orador, algunos sacerdotes avisados de antemano exponían el Santísimo Sacramento, si la función se hacía en la iglesia, o le traían bajo palio, si el sermón se predicaba al aire libre. En presencia de Jesús Sacramentado, el predicador hacía un tierno coloquio, pidiendo al Señor que desapareciesen del pueblo los odios y enemistades y que llenase todos los corazones de la caridad que él vino a traer a este mundo. Acabado el coloquio, mientras se reservaba el Santísimo o era llevado por el clero a la iglesia, el P. Calatayud se quitaba el roquete, se echaba una soga al cuello, se ponía una corona de espinas sobre la cabeza y tomando el crucifijo en las manos, pedía a los oyentes por la sangre del Redentor, que se perdonasen los que estaban ofendidos y se abrazasen en señal de sincera reconciliación. Todos obedecían

al misionero y con lágrimas en los ojos perdonaban a sus enemigos. Esta función con ligeras variantes ha perseverado hasta nuestros días. Más peregrina se nos hace la siguiente llamada.

Asalto general.—Para atraer a los hombres que huían de la misión, o por mejor decir, para hacer llegar hasta los oídos más remotos y cerrados las grandes verdades religiosas, el P. Calatayud convidaba al pueblo a una procesión general y muy solemne, para lo cual instruía de antemano a muchos sacerdotes y seglares honrados. Reunido el pueblo poco antes de ponerse el sol, era colocado en dos filas con este orden: primero los niños, luego los hombres, después el clero, yendo al fin el sacerdote más autorizado con un gran crucifijo en alto. Seguíanle las autoridades civiles y por fin venían las mujeres en dos filas. En medio de la procesión iban sacerdotes con crucifijos en las manos, colocados a conveniente distancia unos de otros, los cuales de tiempo en tiempo iban pronunciando en voz alta y pausada algunas sentencias, saetillas y desengaños que moviesen a contrición y despertasen a los pecadores distraídos. El P. Calatayud había formado una colección de estas sentencias y se las enseñaba a los sacerdotes. El silencio con que avanzaba la procesión, compuesta algunas veces por miles de personas, las luces bien distribuidas, tanto número de crucifijos y la voz de tantos sacerdotes que en brevísimas frases y tal vez en verso inculcaban las verdades eternas, producían profundísima impresión en el católico pueblo español. A esta función se llamaba *Asalto general*, y no era impropio el nombre, pues en efecto era como introducir por puertas y ventanas las verdades de la fe que el misionero había predicado en el templo o en la plaza.

Procesión general de penitencia.—Piadosas y edificantes son las funciones descritas hasta aquí; pero ninguna nos parece tan sorprendente como la procesión de penitencia que solía ejecutarse el día en que se celebraba la comunión general por la tarde. A mediodía se daba el primer toque de campana, para que saliesen fuera de la población los forasteros y se formasen en procesiones particulares de penitencia por pueblos, vicarias o valles. Los habitantes del pueblo donde se daba la misión acudían a la iglesia de donde había de salir la procesión. A la una o a las dos se daba segundo toque de campana y las procesiones parciales se ponían en movimiento y se iban incorporando a la procesión del pueblo que salía de la iglesia.

Doce clases de personas solían distinguirse en estas procesiones de penitencia: 1.^a Niños nazarenos, de seis hasta catorce años, vestidos de túnica blanca que les llegaba a la garganta del pie. Llevaban cruz a cuestas, soguilla al cuello y corona de espinas. Los maestros de escuela estaban encargados de conducirlos. 2.^a Hombres que sólo llevaban corona de espinas y soguilla o piedras al hombro. 3.^a Nazarenos con cruz o peso en los hombros y túnica morada o negra. 4.^a Nazarenos con cruz o peso y túnica blanca. 5.^a Nazarenos de túnica blanca, con piedra sobre el hombro desnudo y que iban descalzos. 6.^a Aspados, es decir, que llevaban los brazos en cruz atados a un palo o barra de hierro. 7.^a Enzarzados y los que llevaban cadenas al hombro o arrastrando y los que iban de rodillas. 8.^a Disciplinantes de cuerda. 9.^a Disciplinantes de sangre. 10.^a Clero y estudiantes mantelistas. 11.^a Señores de Justicia y Regidores. 12.^a Las mujeres en dos filas, sin llevar traje exterior de penitencia.

Cuando iba a salir la procesión, el misionero dirigía breves palabras a los penitentes exhortándoles al arrepentimiento de sus culpas y a satisfacer a la Majestad de Dios, ofendida con ellas. Luego echaba a andar el guión, y tras él iba un Niño Jesús en traje de nazareno, con cruz a cuestas, llevado en andas por cuatro niños. Seguían en buen orden las diversas secciones de penitentes, y encaminábase la procesión a algún campo despejado, fuera del pueblo, donde se había colocado un púlpito en medio. Diez y seis hombres que iban junto al guión se colocaban a distancia, determinando los límites del cuadro que debían ocupar los penitentes. Los niños, entrando en dos filas, iban colocándose inmediatos a los diez y seis hombres. Entre el púlpito y cada ángulo del cuadro se colocaban cuatro predicadores «de espíritu, voz, expedición y talento», dice el P. Calatayud, los cuales, según llegaban los penitentes, los iban «recibiendo, sagitando y sustentando con sentencias, saetillas y desengaños y motivos eficaces, ya tiernos, ya suaves, ya conmisericordiosos o fuertes». El primer coro de música que entraba en el cuadro se situaba a la derecha del púlpito, mirando a la garganta del cuadro por donde entraba la procesión, y alternaba con los predicadores. Los demás coros iban haciendo lo mismo. Las diversas secciones de penitentes iban formando cuadros sucesivos, acercándose al púlpito. Los más próximos a él eran el clero y las autoridades. Entre los aspados que formaban el último cuadro interior y los dis-

ciplinantes, que se situaban en dos círculos alrededor del clero, quedaba un gran espacio, donde se colocaban las mujeres.

Reunida de este modo la procesión en el campo, el misionero subía al púlpito y hacía una breve exhortación a la penitencia. Al fin de su plática mostraba al público un *Ecce Homo*, y entonces los disciplinantes se azotaban. A una señal del misionero, cesaban los disciplinantes, y abriéndose cuatro calles en el cuadro, salían los disciplinantes de sangre, luego los de cuerda, luego los aspados, en seguida el clero cantando el *Miserere*, alternando con la música. Seguían las autoridades, después los hombres y niños, y, por fin, las mujeres, volviéndose todos al punto de donde salieron. No dejaba de ser complicada esta maniobra y exigía mucho trabajo para que resultase bien; pero el P. Calatayud no dudaba en tomar las consiguientes molestias en vista del grandísimo fruto espiritual que solía producir en los pueblos esta procesión de penitencia.

4. Tal era, en sus líneas generales, el método de misiones adoptado por el P. Calatayud. Indicaremos ahora el itinerario que siguió en ellas, apuntando el fruto que recogió y de paso las contradicciones que de vez en cuando interrumpieron su marcha. A fines de Abril de 1728 empezó sus misiones por la ciudad de Astorga, adonde le había llamado el señor Obispo D. Juan Crisóstomo de Vargas. Este piadosísimo prelado salió con varios clérigos a recibir al misionero, tomó en sus manos el crucifijo, y llevándolo en alto, dirigió la procesión hasta la catedral. Feliz corrió la misión, con gran concurso de los fieles a todos sus actos, y sólo la perturbó algún tanto un suceso imprevisto y doloroso, cual fué la muerte rápida del señor Obispo. Acometido de una fuerte pulmonía, el Sr. Vargas expiró santamente, asistido por el P. Calatayud, el día 14 de Mayo. De Astorga pasó a Villada (diócesis de León), y habiendo interrumpido su labor apostólica en los meses de verano, cuando los labradores, ocupados en las faenas forzosas de la recolección, no tienen comodidad para acudir a las misiones, continuó su tarea en otoño, dando misiones en Fuentes de Nava y Becerril de Campos.

En 1729 empezó el P. Calatayud a misionar en la diócesis de Segovia. A principio de Cuaresma entró en Sepúlveda, y esta misión, que ya hubiera sido feliz, bien lograda en aquella importante población, fué todavía más venturosa, porque concurrieron a oírla hasta veinticinco pueblos de la comarca, que venían to-

dos los días procesionalmente rezando el santo rosario. Excusado es advertir que el éxito de la misión fué cual se podía desear, cayendo la semilla de la divina palabra en campo tan bien dispuesto. De allí pasó, por Abril, a Pedraza de la Sierra, villa muy fría, situada en la vertiente septentrional del Guadarrama. Como ninguna de las tres iglesias del pueblo pudiese contener al numeroso auditorio que concurría a la misión, predicábanse los sermones desde un balcón que daba a la plaza, y en ésta se apiñaba una devota muchedumbre que de Pedraza y de los pueblos vecinos venía ansiosa a escuchar al predicador. Fué curioso y edificante lo que sucedió, mientras predicaba el P. Calatayud sobre el perdón de los enemigos. Sobrevino de pronto (cosa no rara en aquellas alturas del Guadarrama) una nevada tan densa y copiosa que el predicador observó que empezaban a blanquear las cabezas de los oyentes. Interrumpió su sermón; pero el auditorio le gritaba: «Padre, prosiga usted.» No juzgó prudente condescender con este deseo, y con breves palabras despidió a los oyentes. Retiróse del balcón transido de frío y luego sintió una fuerte calentura. Su compañero terminó la misión como pudo, y luego se trasladaron ambos al colegio de Segovia, donde la caridad de los Nuestros asistió cuidadosamente al enfermo.

Convalecido de su dolencia, dió misión en Bembibre, villa de la provincia de León; pero pronto se conoció que no se había curado totalmente de la indisposición contraída en Pedraza. Habiéndose recogido a Villagarcía a principios de Julio, adoleció allí de tanta gravedad, que le fueron administrados los sacramentos del Viático y Extremaunción. Hasta se le dijo la recomendación del alma, creyéndole próximo a la agonía, y corrió por nuestros colegios de Castilla la noticia triste de haber muerto el P. Calatayud. Afortunadamente no fué así, y aún le quedaban cuarenta y cuatro años de vida. En todo el verano de 1729 se fué poco a poco restableciendo su salud y por el otoño le hallamos tan valiente misionando en Paredes de Nava, en Torre de Mormojón y en Toro.

Por Enero de 1730 dió misión en Palencia y poco después fué designado para compañero constante suyo el P. Juan Carbajosa, joven de treinta y dos años, nacido en Benafarces (Valladolid), que durante largos años había de hacer al lado del P. Calatayud lo que en el siglo anterior había hecho el P. Guillén al lado del P. Tirso González. Reuniéndose con su compañero en Astor-

ga, encaminóse a Galicia, y en lo restante del año dió cinco largas y provechosas misiones en Santiago, Betanzos, Noya, Coruña y Túy. En la primera hubo graves contratiempos al principio. Caía una lluvia incesante, y era imposible tener los actos al aire libre. Propuso el P. Calatayud que se tuviese la misión en la catedral; pero aunque el señor Azobispo lo aprobó, se opuso tercamente el cabildo. Hubieron de contentarse los misioneros con predicar en la iglesia de nuestro colegio, que no era muy espaciosa y no podía contener ni con mucho a los numerosos oyentes que acudían. Quiso Dios que al día décimo se tranquilizase el tiempo, y desde entonces los actos de la misión se celebraron en la Plaza de la Quintana.

Más brillante que la de Santiago fué la misión de Betanzos. Aunque esta población es muy inferior a la primera, fué tan grande el concurso que vino de varias leguas en contorno, que en la Comunión general celebrada al aire libre recibieron la sagrada Eucaristía más de treinta mil personas. No poco ayudó al buen resultado de la misión el señor Conde de Itra, Capitán General de Galicia, que se hallaba por entonces en Betanzos. Este cristiano caballero dió las órdenes oportunas para evitar todo desorden en medio de aquel inmenso gentío y para dar de comer a los forasteros menesterosos. Además sirvió mucho a los Padres para ordenar la procesión de penitencia, que resultó solemnísima como nunca. Para abreviar el desfile de la procesión, dispuso el Conde que ésta avanzase en tres filas, y a pesar de esta precaución duró el desfile seis horas, pues según calculó el mismo señor, tomaron parte en la procesión de treinta y seis a cuarenta mil personas. Muestra magnífica así de la fe robusta del antiguo pueblo español, como de la impresión saludable que causaban las misiones del P. Calatayud. No ofrecieron particularidad notable las misiones de la Coruña, Noya y Túy.

Al año siguiente hallamos a nuestro misionero en Navarra. Dió con el P. Carbajosa una breve misión en Estella, y cuando se disponía a pasar a Pamplona recibió una carta del señor Obispo, don Melchor Angel Gutiérrez y Vallejo, quien le remitía un pliego de objeciones y reparos que se hacían contra el método de misiones que empleaba. No sabemos quién fuese el autor de aquel escrito; pero el Prelado se lo remitía, deseando oír su respuesta y entender la razón de algunas cosas que hacía. Algo sintió el P. Calatayud esta contradicción, pero no le fué difícil responder a ella.

A dos puntos principales se reducían las objeciones, o, como decía el Obispo de Pamplona, *reparos* que se hacían al método de misiones empleado por nuestro infatigable predicador. Algunos tocaban en la doctrina y daban a entender que el P. Calatayud enseñaba opiniones erróneas sobre el perdón de los pecados, sobre el negar o dilatar la absolución, sobre el deber de restituir y sobre cuestiones morales. El misionero rectifica oportunamente las inexactitudes que se le han atribuido, precisa la doctrina que ha enseñado y demuestra que no se ha desviado en nada del común sentir de los Santos Padres y doctores católicos.

Otros reparos miraban a ciertas prácticas usadas o recomendadas por nuestro misionero, en las cuales, según el objetante, asomaban indicios de superstición o poca prudencia en el modo de proceder. ¿Por qué mandar a los oyentes que levanten las manos al cielo? ¿Por qué exponer súbitamente el Santísimo Sacramento en medio de los sermones? ¿Por qué pretender que no se confiesen los oyentes hasta pasados algunos días de misión? ¿Por qué entrar en los pueblos, predicando de noche, sin noticia del párroco y de los alcaldes? Muy a la mano estaba la respuesta a tales reparos. ¿Cómo puede tacharse de supersticiosa la práctica de levantar las manos al cielo, tan usada por Moisés, por los profetas y los primitivos cristianos? Si se expone el Santísimo en ciertos momentos oportunos, como cuando se predica sobre el perdón de los enemigos, se hace siempre con solemnidad y según las rúbricas mandadas por la Iglesia. La experiencia ha demostrado que esta práctica piadosa tiene admirable eficacia para conmovier a los oyentes y determinarlos a perdonar a sus enemigos.

El aconsejar que no se confiesen hasta pasados algunos días de misión es un medio prudente para conseguir que las confesiones se hagan bien. Sucede algunas veces que las personas rudas y buenas se confiesan en seguida, y luego, oyendo en los sermones o en los catecismos algunas obligaciones en que antes no reparaban, no se satisfacen de su confesión y desean confesarse otra vez. Mejor es que dilaten algunos días este acto importante para que, instruidos mejor sobre sus obligaciones y saludablemente movidos por la predicación fervorosa, lo ejecuten con toda regularidad y satisfacción de su conciencia.

A la objeción de entrar en los pueblos predicando de noche sin noticia del párroco y de los alcaldes responde en estos tér-

minos el P. Calatayud: «Nunca he entrado ni entraré sin facultad *in scriptis* del Ordinario... Ni juzgo necesaria la patente del párroco o licencia, habida la de V. S.^{ría} Ilma.; pero tengo cuidado el día inmediato de presentarme al párroco, darle razón de mi llegada y del fin por qué entro de repente. Y mucho menos es necesaria la licencia y noticia del alcalde, pues sería sujetar en algún modo la jurisdicción eclesiástica a la lega. ¿Cuándo se ve que un alcalde, para correr novillos, lo haya de noticiar primero al Obispo? Si no se entrara de repente se impedirían muchas misiones de que tengo experiencia. Ni la hubiese habido en Estella ni lo supieran, pues, aun después de haber entrado, querían al otro día me fuese a otra parte. Son notables las conversiones que Dios hace por este ardid, y gracias a Dios no suele haber escándalo ni desgracia con las providencias que procuro tomar» (1).

Satisfecho el Obispo de Pamplona con la respuesta del P. Calatayud, dióle grata licencia para hacer una misión en aquella ciudad. Entró el misionero en la capital de Navarra el 30 de Abril de 1731. A su lado iba el P. Carbajosa, y en el espacio de tres semanas ambos removieron espiritualmente toda la ciudad. Empezaron la predicación en la plazuela de las Recoletas; pero después observamos que se hicieron varios ejercicios en la catedral y en otras iglesias de la ciudad, lo cual se debería probablemente a que ya lluvia impediría tener el sermón al aire libre. Es curioso a este propósito un dato que nos suministra el P. Calatayud. Dice que el día tercero se omitió el sermón por el mucho ruido que hacía el viento en los árboles de la Taconera. Acudían a la misión, no solamente los ciudadanos de Pamplona, sino también los habitantes de 111 aldeas situadas en torno de la ciudad.

Si el lector recuerda las noticias que suministramos en el tomo anterior (pág. 67 y siguientes) sobre la misión que dieron nuestros Padres en Pamplona a principios del año 1660; si considera por otra parte la buena pasta católica del pueblo navarro, fácilmente adivinará el éxito felicísimo que logró nuestro misionero. El P. Calatayud hizo en Pamplona cuanto quiso. En el asalto general formaban la procesión unos 20.000 hombres,

(1) Véase el texto de la carta entera del P. Calatayud en Rodeles, páginas 137 149.

habiéndose excluido las mujeres, quizá por simplificar un acto que aun así resultó bastante largo, pues duró tres horas y media, desde las siete de la tarde hasta las diez y media de la noche. Todas las Órdenes religiosas y el clero secular secundaron animosamente la acción de los misioneros. En los últimos días 200 confesores, colocados oportunamente en la catedral y en sus dependencias, oían las confesiones de los innumerables penitentes que deseaban reconciliarse con Dios. El día de la Santísima Trinidad se distribuyó la Sagrada Eucaristía a 16.000 personas sólo en la catedral, no pudiendo contarse los que comulgaron en otras iglesias. La procesión de penitencia fué devotísima. Precedían 2.000 niños de seis a once años, vestidos de blanco, con soga al cuello, corona de espinas y cruces en los hombros; seguían unos 18.000 hombres y venían, por fin, cerca de 10.000 mujeres. Ochenta predicadores, distribuidos en la inmensa procesión, iban repitiendo breves exhortaciones y jaculatorias para promover el fervor de los presentes. Presidía el acto el mismo señor Obispo, quien no acababa de admirarse y bendecir a Dios por las misericordias que derramaba sobre sus diocesanos mediante la misión de los PP. Calatayud y Carbajosa.

Terminada la misión de Pamplona, acudieron ambos Padres a Tafalla, patria del P. Calatayud. Mucho menos población que Pamplona tiene Tafalla; pero el concurso de 53 pueblos situados a la redonda, y algunos de ellos muy crecidos, hizo que se formase un auditorio poco inferior al que se había visto en la capital. La misión se predicó en el patio del palacio que había sido de los Reyes de Navarra, vasto local que podía contener 40.000 personas. Los ejercicios todos se hicieron con regularidad y llegaron a 17.000 las personas que recibieron a Jesús Sacramentado. Otro acto se hizo en esta misión muy oportuno para corregir un desorden bastante frecuente en aquel país. Solían ocurrir no pocas veces riñas sangrientas y homicidios, sobre todo entre los mozos del campo y artesanos. La costumbre inveterada de ir siempre armados y de formar rondas nocturnas, tocando guitarras y otros instrumentos populares, daban ocasión a conflictos sangrientos que las autoridades apenas podían reprimir. El Padre Calatayud tronó desde el púlpito contra tan grave abuso y pidió al fin a los mozos que le entregasen las armas como obsequio a Jesucristo manso y humilde de corazón. El pueblo obedeció dócilmente a la voz del misionero. «Empezaron a llevarle,

dice el P. Rodeles, en increíble abundancia espadas, puñales, dagas, cacheteros, pistolas, trabucos y hasta las mismas guitarras, con todo lo cual determinaron los del Ayuntamiento hacer un trofeo como muestra elocuente del fruto obtenido en la misión» (1).

Otro incidente ocurrió entonces, que no deja de ser interesante y significativo. En la misión de Pamplona había sacado un hombre muy buena ganancia, vendiendo cilicios y disciplinas entre el pueblo. Oyendo que había misión en Tafalla, acudió a la misma ciudad con un buen cargamento de esta mercancía. Al instante despachó todo el género que había llevado y muchos vecinos piadosos, deseando satisfacer a la demanda de las gentes convertidas a Dios, se reunían por la mañana en los corredores del palacio, donde se daba la misión, y allí fabricaban a toda prisa cilicios y disciplinas, teniendo que empezar por aprender aquel extraño oficio. Este hecho que hoy nos parece tan peregrino, demuestra la sencilla y sólida piedad de nuestros abuelos.

A la misión de Tafalla siguieron las de Tudela, Vitoria, Logroño y Sangüesa, dadas en los últimos meses de 1731 y en los cinco primeros de 1732. No cansaremos al lector con el relato de ellas, pues no ofrecen circunstancias que las distingan de las anteriores. Más ilustre recuerdo que todas ellas dejó la misión de Bilbao, que ocupó a nuestros misioneros dos meses largos, desde principios de Julio hasta el 8 de Setiembre de 1732. Una gran dificultad se presentaba en esta villa y era que habiendo surgido pleitos enconados entre el Cabildo, el Ayuntamiento y muchos caballeros principales y habiéndose prolongado por más de cinco años el litigio, hallábanse los ánimos amargamente enemistados y divididos, naciendo de aquí innumerables pecados, que no parecía posible remediar. Como última medicina para tan incurable dolencia, pidieron algunas personas prudentes al Obispo de Calahorra y al P. Provincial de Castilla, que les enviase al Padre Calatayud. Entendió éste desde Logroño, donde misionaba por Abril, la delicada situación de la capital de Vizcaya, y carateándose con los jesuitas residentes en Bilbao y con otras personas influyentes, fué tomando las precauciones oportunas, para que todos los actos de la misión surtiesen el resultado apetecido, sin herir en lo más mínimo la sensibilidad de nadie.

(1) *Ibid.*, p. 157.